

SU SANTIDAD JUAN XXIII

Por Monseñor FELIX HENAO BOTERO

*“Fuit homo missus a Deo
cui nomen erat Joannes”.*

(San Juan, 1)

El Espíritu Santo que iluminó al Sagrado Colegio de Cardenales para elegir sucesor del gran Pontífice Pío XII, se llevó a la lumbre de la gloria a Juan XXIII en la semana de Pentecostés como un galardón al siervo bueno y fiel.

El mundo ha llorado y sufrido ante su tumba como si cada uno de los mortales, sin distinción de razas o creencias, sintiera desgarrada el alma por la desaparición del Padre.

En este siglo de las relaciones humanas, el Papa Juan creó un estilo entre los cristianos, entre las naciones, que ha marcado huella imborrable y señalado los caminos del Señor, con gesto amable y paternal para la pacífica convivencia. Ningún estadista podrá prescindir hoy de los documentos pontificales ni de las actitudes ecuménicas suyas, si quiere acertar en la dirección de los pueblos.

Aparecidas la “Mater et Magistra” y la “Pacem in Terris”, la humanidad de hoy tiene en aquellas actas admirables la iluminada voz del Buen Pastor. Completado el acervo doc-

NOTA — Oración fúnebre leída por su autor en la Basílica de Medellín, con ocasión de las solemnes Honras Fúnebres celebradas en memoria del ilustre Pontífice fallecido.

trinal de veinte siglos de cristianismo, con una pastoral renovada, el Papa ha puesto a marchar a la Santa Iglesia con los métodos de apostolado que reclaman los tiempos nuevos en que se han suprimido las distancias y se han acercado los astros.

Trazó la apología del Papa delante de los cardenales, en la Capilla Sixtina que decoró Miguel Angel, Monseñor Bacci al dibujar la figura moral de quien habían de elegir los Eminentísimos Príncipes, como si presintiera que el campesino de Sotto il Montí hubiera de ser el escogido. Escuchemos al prelado que amonesta en la iniciación del Cónclave a los purpurados: “El mundo actual postula, eminentísimos padres, que el nuevo Pontífice que esperamos, posea fortaleza de ánimo unida a la más encendida caridad. Que sepa llevar grandísimo consuelo e infundir no menor esperanza a aquellos hermanos suyos o hijos injustamente oprimidos; que llame paternal y forzadamente al único redil de Jesucristo a los pueblos tristemente separados o quizás todavía sumidos en el error; a los mismos enemigos del nombre cristiano ame con caridad intensa deseando vehementemente que vuelvan a la casa del padre común y a su obra cual hijos pródigos y equivocados.

“Además convendrá que sea Pastor de grandísima actividad. Es una necesidad que sea docto, que conozca muy bien el derecho internacional, que esté adornado de prudencia práctica; pero esto no es todo. En primer lugar manifieste en sí mismo la imagen divina de Aquel que dijo: “Yo soy el Pastor bueno. El buen Pastor da su vida por sus ovejas. Yo soy el buen Pastor y conozco las mías y me conocen las mías”.

“Sea obispo de las almas. Así, pues, si la propia experiencia le hubiera dado a conocer las necesidades actuales de los pueblos, las iniciativas que merecen ser impulsadas, las cuestiones que esperan arreglo; si se hubiera formado no solo en los libros sino en contacto con la realidad; más que todo, si estuviere inflamado por encendida caridad, que anhela incluso dar su vida por las ovejas a él confiadas.

“El Pontífice que debéis elegir, además de nuestro maestro, deberá ser Padre amantísimo. Por lo tanto que se preocupe principalmente de los pueblos oprimidos por la persecución de la tiranía, de las clases sociales más humildes, en

fin, de las multitudes que carecen en absoluto de fortuna o en posesión tan exigua que ni siquiera con su trabajo y el sudor de la frente puedan procurarse el pan de cada día y el techo que los cobija.

“Que se esfuerce en poder llevar a efecto e incluso elevar a norma de vida el reconocimiento de los derechos del trabajo.

“Sabéis que la palabra **Pontifex** parece venir de **ponte**; que sea pues, el puente entre malos y buenos, entre las clases sociales hasta lograr que entre ellas reine una justicia más recta y más amplia y en los hermanos una más ardiente caridad; sea puente entre las naciones, incluso las que rechazan o persiguen temerariamente a la religión católica, conduciéndolas a una paz sincera. Más por encima de todo, deberá brillar por las virtudes sacerdotales y por la santidad de su vida. Porque si el Sumo Pontífice se recomienda por la santidad podrá alcanzar de Dios todo cuanto precise para gobernar la Iglesia universal”.

Habéis escuchado, católicos, una semblanza que parece una profesía.

El Papa y los alejados del redil

Veinte años en los Balcanes y en el Próximo Oriente, aún en los azares de la guerra, le darían al Papa una visión personal de aquellos pueblos en que los cristianos son minoría y los cristianos separados continuaban tan alejados de Roma como cuando se rompió la unidad de la Iglesia. Su corazón, sus actitudes, su discreción y la bondadosa mirada apasionadora unidas a la picaresca atrayente de su carácter amabilísimo y lleno de agilidad, obraron el milagro del acercamiento psicológico.

Jacobo de Malta, jefe de los ortodoxos armenios, después de trescientos años de no pisar el Vaticano ningún obispo separado de aquellas regiones, llegó a los pies del Papa sin reparar en los críticas de sus correligionarios. “Todos los ortodoxos, escribiría el teólogo Basilio, reconocen hasta que extremo el Papa Juan XXIII ama a Oriente, como él nos lleva en su corazón”.

Siendo representante de Pío XII visitó al patriarca ecuménico de Constantinopla, primer contacto en muchos siglos

y el arzobispo ortodoxo de América quiso postrarse de hinojos ante el Papa como preparando el terreno para la convocatoria del Concilio.

“El más grande acontecimiento contemporáneo es la convocatoria de un Concilio Ecuménico por parte de Juan XXIII” fue la expresión del ex-presidente Malik y presidente de una de las secciones de la ONU. Malik pertenece a los libaneses separados.

“La larga experiencia, escribe Rouquette, de veinte años transcurridos en contacto con los orientales ortodoxos, explica el comportamiento actual del Papa Juan XXIII. El está obsesionado con el problema de la unidad. El conoce mejor que nadie las dificultades humanamente insuperables. Sería ingenuo acusar de ingenuidad a este viejo aldeano lombardo. Pero tiene plena conciencia de su deber de insistir siempre aún en contra de toda esperanza. El no espera ciertamente una milagrosa y espectacular unión entre las iglesias separadas y la Iglesia romana; pero grita, como centinela de Israel en medio de la noche, invitando a las iglesias a buscar la unidad”.

“Es preciso preparar todo bien, con mucha caridad y perfecto conocimiento de los pueblos y tener también en cuenta a los hijos de una antiquísima tradición que ahora hay que comprender y atraer con demostraciones de fraternidad, amabilidad y paz”, decía en el octavario por la unión en el sur de Italia y agregaba: “Mucha comprensión con aquellos hermanos nuestros que aún llevando en la frente el nombre de Cristo y en su corazón, estén separados de la Iglesia católica. Es necesario, a toda costa, superando viejas mentalidades, prejuicios y expresiones no tan corteses, esforzarse por crear un clima favorable al deseado retorno y secundar por todos los medios la obra de la gracia”; y añadía en Palermo “Es toda la responsabilidad de nuestros hermanos separados? En parte es de ellos; pero gran parte es nuestra”.

El Papa sabía que el acercamiento entre las dos iglesias había de ser paulatino, cauteloso y obra de la gracia en colaboración con los cristianos: “Con el Oriente, el acercamiento primero, el contacto después y la reunión perfecta de tantos hermanos separados con la antigua madre común”.

En la convocatoria del Concilio consideraba Juan XXIII que la Iglesia católica sentía como un deber suyo el traba-

jar denodadamente a fin de que se realice el gran misterio de aquella unidad que el espíritu de Cristo ha invocado con ardiente plegaria al Padre Celeste en la inminencia de su sacrificio. Ella disfruta de suave paz, consciente como está de su íntima unión con dichas plegarias. Más aún, considerando bien esta unidad, impetrada por Cristo para su Iglesia, parece refulgir con su triple rayo de luz benéfica; la unidad de los católicos entre sí que debe conservarse ejemplarmente compacta, la unidad de oraciones y de ardientes deseos con que los cristianos separados de esta sede apostólica aspiran a estar unidos con nosotros; finalmente la unidad en la estima y el respeto a la Iglesia católica de parte de quienes todavía siguen religiones no cristianas.

A raíz de la convocatoria del Concilio el primado antioquense de Nueva York califica así la Bula Pontificia: “el suceso más alentador a los ojos de la iglesia ortodoxa ha sido la iniciativa del Papa de Roma Juan XXIII que representa una realización monumental” y Virbos de la catedral griega de Londres, les decía a los fieles: “me llena de felicidad el ver la rapidez con que el Papa ha afrontado el problema de unión de la cristiandad” y Atenagoras el principal patriarca de los orientales entregaba a la prensa las siguientes palabras: “La invitación del Papa Juan XXIII, bien conocido y amado y respetado en nuestras regiones, es el voto de todos los cristianos que esperan ver elevarse la aurora de un año verdaderamente nuevo en Cristo”.

Antes del Concilio recibió con grandes honores y homenajes a los reyes de Grecia haciéndoles la apología maravillosa de la cultura milenaria, de sus filósofos, artistas, genios literarios y del pueblo sencillito griego que conoció durante su estadía para admirar la sencillez de su vida, la corrección de sus hogares y la probidad de las familias campesinas. No hay que olvidar que por influjo de Monseñor Roncalli el bloqueo en la guerra pasada a Grecia que amenazaba con hambre a aquel pueblo meritorio, se rompió una vez para dejar pasar alimentos a las gentes hambreadas, venidos desde el Vaticano.

Recibió igualmente a la reina de Inglaterra y su consorte en cuyos dominios hay millares de católicos y de cristianos separados y los recibió con los honores imperiales. El Sha de Persia y Bavar presidente de Turquía, en cuyos dominios hay pequeñas minorías de católicos y minorías más

numerosas de ortodoxos, visitaron al Papa. De aquel diálogo resultó la Embajada de Turquía y una legislación más benigna en las iglesias católicas y cristianas de aquellos dominios. Los hebreos especialmente rindieron al Papa demostraciones de entrañable gratitud y obsequio.

Convocado el Concilio, la más extraordinaria asamblea religiosa de todas las edades, cuando el Papa pasaba entre las mitras de los obispos, las púrpuras de los cardenales y las solemnes vestiduras de los ritos orientales, tanto de los unidos a Roma como de los hermanos separados, los griegos entonaron cantos de alabanza en la Basílica Vaticana como homenaje al Buen Pastor y los luteranos le rindieron homenaje.

“Por la claridad de su visión, la sencillez de su devoción y por su preocupación en la unidad de todos los cristianos, el Papa Juan XXIII jugó un papel determinante en la historia de nuestra época” afirmó con énfasis el jefe espiritual de la iglesia anglicana.

Los prelados católicos y los representantes de las iglesias separadas, griegas, sajonas o francesas, de Rusia y de otras nacionalidades, pudieron dialogar amablemente sobre las admirables discusiones del Concilio en las cuales la libertad y la caridad, la justicia y la paz, se dieron el ósculo hasta llegar a conclusiones ecuménicas. Empezaron entonces, a caer las escamas de muchos que no habían podido ver la luz y a escuchar la voz del Espíritu Santo, voz armoniosa, segura en la doctrina, caritativa en la expresión, subyugadora además. Esas primeras reuniones suspendidas para continuar el tesonero afán de las comisiones y la consulta de los prelados por todo el orbe de la tierra, dejaron un impacto estremecido y entrañable, entre los católicos y entre los hermanos separados. Y allá continúa el cardenal Bea, antiguo confesor de Pío XII, como jefe de la oficina creada por Juan XXIII para el estudio, la posible solución, el contacto y el diálogo con los hermanos separados.

Y allá arriba, así lo esperamos, lo anhelamos y lo presentimos todos, ante el trono del Padre, continúa ofreciendo el alma bendita de Juan XXIII sus plegarias a la Virgen medianera universal por la unión de la cristiandad. Conociendo más que nadie las tremendas dificultades para la unidad, en tantos siglos de separación, Juan XXIII había dicho antes del

Concilio: "Condescendencia en el terreno doctrinal, nunca. En la disciplina, en la administración, en la liturgia, sí".

Es deber de todos los católicos unirnos con el Papa, con el episcopado y con la triple iglesia en la unidad de la plegaria, en el sacrificio permanente, en la fe, la esperanza y el amor, para que el reino de Cristo y la paz de Cristo glorifiquen al Padre y traigan la paz de Belén a los hombres de buena voluntad.

Recemos por esta intención ecuménica, ofrezcamos la penitencia del deber cumplido con amor y confiemos en la obra del Señor, en esta aurora del diálogo comprensivo y el caritativo acercamiento entre quienes confesamos a Cristo Buen Pastor, que desea unir a todas las ovejas bajo el mismo cayero paternal.

El Papa y la agricultura

Para un mundo convulsionado y cambiante, que ha suprimido muchas estructuras, delineado un mundo mejor y sufrido las transformaciones más extraordinarias de la historia, la amorosa Providencia nos galardonó con un Papa octogenario con un alma vigorosa, fresca y juvenil. Nadie como él ha pintado las transformaciones e inquietudes de los tiempos nuevos. Suyas son estas palabras: "El estado de cosas, ha sufrido en estos veinte años profundas innovaciones, ya en el interior de las comunidades políticas ya en sus mutuas relaciones.

"En el campo científico, técnico, económico; el descubrimiento de la energía nuclear, sus primeras aplicaciones a usos bélicos, las sucesivas y crecientes aplicaciones a usos civiles; las ilimitadas posibilidades descubiertas por la química en las producciones sintéticas; la extensión de la automatización y automación en los sectores industriales y en los servicios; la modernización de la agricultura; la casi desaparición de las distancias en las comunicaciones, sobre todo por efecto de la radio y la televisión, la rapidez incrementada en los transportes; la conquista iniciada de los espacios interplanetarios.

"En el campo social: el desarrollo de los sistemas de los seguros sociales, en algunas comunidades políticas económicamente desarrolladas la instauración de sistemas de seguri-

dad social; en los movimientos sindicales, el formarse y acentuarse de una actitud de responsabilidad respecto a los mayores problemas económico-sociales; una progresiva elevación de instrucción básica; un bienestar cada vez más extendido; la creciente movilidad social y la consiguiente reducción de los diafragmas entre las clases, el interés del hombre de cultura media por los hechos del día de dimensiones mundiales. Además, la eficiencia en aumento de los sistemas económico-sociales por un crecido número de comunidades políticas hace resaltar más los desequilibrios económico-sociales entre el sector de la agricultura por una parte y el sector de la industria y los servicios por otra; entre zonas económicamente desarrolladas en el interior de cada una de las comunidades políticas y en el plano mundial, los desequilibrios económico-sociales, aún más estridentes, entre los países avanzados económicamente”.

En el campo político continúa la “Mater et Magistra”: “La participación de un creciente número de ciudadanos de diversas condiciones sociales en la vida pública de muchas comunidades políticas, la extensión y profundización de la acción de los poderes públicos en el campo económico-social. A esto se añade en el campo internacional el ocaso de los regímenes colonialistas y la independencia política que han obtenido los pueblos de Asia y Africa; la multiplicación de las relaciones entre los pueblos y la intensificación de su interdependencia; el nacimiento y desarrollo de una red de organismos de dimensiones mundiales con tendencia a inspirarse en criterios supranacionales: organismos con fines económicos, sociales, culturales, políticos”.

Qué visión más clara del mundo contemporáneo y de sus complejos problemas y qué audacia espiritual más extraordinaria que iluminarnos, con las dos grandes encíclicas sociales, recordando el pensamiento de sus predecesores y aceptándolo en su totalidad pero abriendo fuentes de investigación, suscitando actitudes, indispensables inquietudes e iluminando los hechos nuevos con la luz siempre antigua y siempre nueva del derecho natural, del derecho social y de la claridad sorprendente de la revelación.

Y afirma igualmente el derecho de propiedad privada aún de los medios de producción, entre otras razones porque “en los regímenes políticos que no reconocen el derecho de

propiedad privada de dichos bienes, son oprimidas y sofocadas las expresiones fundamentales de la libertad”.

El Papa campesino que conoció en tantos países la condición de los agricultores pide con vehemente caridad en la “Mater et Magistra” que los ambientes agrícola-rurales tengan conveniente desarrollo los servicios esenciales, como los caminos, los transportes, las comunicaciones, el agua potable, la habitación, la asistencia sanitaria, la instrucción básica y la instrucción técnico profesional, condiciones apropiadas para la vida religiosa, los medios recreativos; y de que haya en ellos disponibilidad de aquellos productos que permitan a la casa agrícola-rural estar acondicionada y funcionar de un modo moderno porque en caso que en tales ambientes faltan servicios, que hoy son elementos constitutivos de un tenor de vida digno, el desarrollo económico y el progreso social viene a ser ahí casi imposible avanzar o avanzan demasiado lentamente.

Se necesita que en el sector agrícola se efectúen las innovaciones concernientes a las técnicas productivas, la selección de cultivos y las estructuras administrativas que el sistema económico, mirado en conjunto, permite o pide. La agricultura, continúa la encíclica, ofrece a los demás sectores y a la entera comunidad, los productos que responden mejor en cantidad y calidad, a las exigencias de consumo, contribuyendo a la estabilidad en el poder adquisitivo de la moneda. Y como la agricultura no puede pagar altos intereses y, ni siquiera por lo regular los intereses del mercado, para procurar los capitales necesarios para su desarrollo por razones del bien común, es necesario aplicar una particular política crediticia. Como puede ser indispensable que se implanten dos sistemas de seguro: uno relativo a los productos agrícolas y el otro a las fuerzas de trabajo y de las respectivas familias. Ni sería justo que se implantaran seguros sociales o de seguridad en los cuales el trato dado a las fuerzas del trabajador rural y a sus familias fuera sustancialmente inferior al que se garantiza al sector de la industria.

Deben garantizarse a los cultivadores precios equitativos y promover en las zonas agrícolas, las industrias y servicios relativos a la conservación, transformación y transportes de los productos agrarios.

“Como la empresa de dimensiones familiares es vital a condición de que pueda obtenerse en ella un crédito suficien-

te para el decoroso tenor de vida por lo cual deben ser instruidos los cultivadores y asistidos técnicamente en su profesión; que establezca una red de iniciativas cooperativistas, que estén profesionalmente organizados y activamente presentes en la vida pública, administrativa y política advirtiendo que los obreros de la tierra pueden ser los protagonistas del desarrollo económico, del progreso social y de la elevación cultural de los ambientes agrícola-rurales. Ellos pueden fácilmente comprobar cuán noble es su trabajo: sea porque viven en el templo majestuoso de la creación; sea porque lo ejercen a menudo en la vida de las plantas y de los animales, vida inagotable en sus expresiones, inflexible en sus leyes, rica en recuerdo de Dios creador y pródigo, sea porque produce la variedad de los alimentos de que se nutre la familia humana y proporciona un número siempre mayor de materias primas a la industria”.

Aplaude el Papa con sincera estima la obra eminentemente benéfica que realiza la organización de las Naciones Unidas para la alimentación y la agricultura (FAO), como aplaude y estimula los mercados comunes que van rompiendo las barreras y borrando ficticias distinciones y discriminaciones.

Estimulando al trabajador agrícola afirma que ellos encuentran mil incentivos para la afirmación de la persona humana, para su progreso, para su enriquecimiento, para su expansión, incluso en la esfera de los valores del espíritu. Es, por tanto, afirma la encíclica, un trabajo que ha de concebirse y vivirse como una vocación y una misión; es decir como una respuesta a la invitación de Dios a contribuir al cumplimiento de su plan providencial en la historia y como una aportación a la civilización humana.

“Cada uno de los seres humanos es el fundamento, el fin y el sujeto de todas las instituciones sociales, aún más dentro del plan providencial de su elevación al orden sobrenatural”. Así lo ha concebido el magisterio de la Iglesia; por todas las regiones del mundo los prelados, los sacerdotes, los misioneros y el aporte valiosísimo de los seglares va llevando por todo el mundo el mensaje pontifical no obstante las dificultades que se presentan por doquiera porque, “es función ardua pero nobilísima el paso de la teoría a la práctica más aún por el egoísmo, el materialismo y la falta de educación de las masas campesinas”.

Muestra su corazón adolorido por la falta del reposo dominical en no pocos regímenes totalitarios para concluir: "religión, moral e higiene coinciden en el reposo periódico".

Actualmente se encuentra la Iglesia ante la gran misión de llevar un acento humano y cristiano a la civilización moderna y como somos miembros del Cuerpo Místico, siendo nosotros los sarmientos y El la vid, colaboramos con el Divino Viñador cuando ejercemos las actividades propias de un carácter temporal, en unión de Cristo pobre que explicó a los discípulos la admirable parábola del Sembrador.

La paz y los pueblos en desarrollo

Imposible tratar la doctrina de la paz, la justicia, la libertad y el orden del universo, en beneficio de la familia humana, en esta ocasión.

Séame permitido trazar la síntesis de su doctrina pontifical en la "Pacem in Terris" para proteger, amparar y mejorar las condiciones de los países en desarrollo. Notad que el Sumo Pontífice no emplea la palabra subdesarrollados tan en boga entre los economistas, sino que encuentra una expresión más benigna y alentadora: pueblos en desarrollo. Su doctrina es justa, caritativa y benéfica para estos países latinoamericanos, para las naciones africanas y del Asia.

Cuando las comunidades políticas superan a otras en el grado de cultura, de civilización, y desarrollo económico, lejos de autorizarlas a dominar sobre las otras, mas bien constituye una obligación para que presten una mayor contribución al trabajo de la elevación común. Notad que el Papa no habla de misericordia en este caso sino de una obligación que a través de la encíclica explica como de justicia y equidad, y continúa: "Como no existen seres superiores por naturaleza tampoco existen diferencias naturales entre las comunidades políticas. No se debe olvidar que los pueblos con todo derecho, son sensibilísimos en cuestiones de dignidad y de honor. Ninguna comunidad política tiene derecho a desarrollarse oprimiendo o atropellando a los demás. Ya San Agustín lo había contemplado así: "Si se abandona a la justicia a qué se reducen los reinos sino a grandes latrocinios?".

En concordancia con su predecesor, de feliz memoria, enseña que un nuevo orden fundado en las normas morales,

prohibe absolutamente que sea lesionada la libertad, la integridad y la seguridad de otras naciones, cualquiera que sea su expresión y su capacidad de defenderse. A las naciones en desarrollo no se las puede coartar para su derecho de administrarse libremente y mantenerse neutrales frente a los conflictos entre otras naciones como les pertenece a ellas también el derecho de promover su propio desarrollo económico. Por lo cual las naciones más florecientes al subvenir en variadas formas a las más necesitadas es necesario que respeten con grande esmero las características propias de cada pueblo y sus instituciones tradicionales y se abstengan de cualquier intención de predominio. Las ayudas por la justicia o caridad de las naciones económicamente fuertes a las naciones débiles no pueden ser a base de indoctrinación contra los derechos naturales, los derechos de la familia, de las culturas autóctonas y de la autodeterminación de los pueblos.

Estos acentos de grandeza y dignidad tienen fundamento en el Evangelio, en los Padres de la Iglesia, en Santo Tomás, maestro de Suárez y Vitoria y fueron lanzadas ya, cuando el congreso anfictrónico por el gran Libertador de América que había recibido el caudal de las doctrinas salmantinas a través de varias centurias de teólogos y moralistas, canonistas y filósofos de la equidad y del derecho de gentes. Como para realizar el bien común, equilibrar las economías de los pueblos y mejorar la situación de las naciones en desarrollo se necesitan hoy organismos supranacionales que tutelen la persona humana, los derechos familiares y los de los pueblos, el Papa aplaude la labor de las Naciones Unidas y la proclamación de los derechos humanos: "No se oculta que algunos capítulos de esta declaración parecieron a algunos menos dignos de aprobación: y no sin razón. Sin embargo, continúa el Soberano Pontífice, creemos que esta declaración se ha de considerar como un primer paso e introducción hacia la organización jurídico-política de la comunidad mundial".

Como condenó la guerra condena también la revolución citando a Pío XII: "No en la revolución sino en una evolución bien planeada se encuentra la salvación y la justicia. La violencia nunca ha hecho otra cosa que destruir, no edificar; encender las pasiones, no aplacarlas. Acumulando odios y ruinas no solo ha logrado reconciliar a los contendientes, sino que a hombres y partidos los ha llevado a la dura necesidad de reconstruir lentamente con imponderable trabajo, sobre

los escombros amontonados por la discordia la vieja obra destruída”.

Pero para que haya paz en la sociedad humana se necesita que cada cual tenga paz en sí mismo, es decir, que cada uno establezca en sí propio el orden prescrito por Dios. “Quiere tu alma ser capaz de vencer las pasiones? pregunta San Agustín. Que se someta al que está arriba y vencerá al que está abajo y se hará la paz en tí, una paz verdadera, cierta, ordenada. Cuál es el orden de esta paz? Dios manda sobre el alma, el alma sobre la carne: nada hay más ordenado”.

Y como un epílogo a su carta Encíclica terminaba diciendo: “Pidamos, pues con instantes súplicas al Divino Redentor esta paz que El mismo nos trajo. Que El borre de los hombres todo lo que pueda poner en peligro esta paz y transforme a todos en testigos de la verdad, de la justicia y del amor fraterno. Que Cristo encienda las voluntades de todos para echar por tierra las barreras que dividen a los unos de los otros, para estrechar los vínculos de la mutua caridad, para fomentar la mutua comprensión, en fin, para perdonar los agravios”.

El jueves santo sellaba con su anillo pontifical la gran Encíclica “Pacem in Terris”, dirigida no sólo a los venerables hermanos, patriarcas, primados, arzobispos, obispos y demás ordinarios en paz y comunión con la Sede Apostólica sino también al clero y fieles de todo el mundo y a todos los hombres de buena voluntad.

La muerte del Pontífice

Ha muerto el gran campesino bergamasco. Cuando la Radio Vaticana anunció su marcha hacia el inmortal seguro, las ondas llegaron a todos los confines de la tierra, suscitando lágrimas y plegarias en todas las religiones del orbe y aún entre los paganos.

Jamás perdió su condición humilde. Ni la púrpura ni la tiara le sirvieron como pedestal de grandeza personal sino como pastoral compromiso con Dios a quien amó sobre todas las cosas y con el prójimo por quien se ofreció a la hora de partir. “Este lecho, decía moribundo, es una cruz. La cruz necesita una víctima; héme aquí postrado por los pecados del mundo”.

Su fe ardiente en las divinas enseñanzas le dió aquel optimismo sano, aquel lanzarse con osadía a la conquista espiritual de un mundo dominado por la técnica y la mentalidad social del siglo XX. La esperanza heroica unida a la caridad enardecida, que son virtudes teologales, le llevó al Oriente en persona, a Inglaterra, más allá de las cortinas de hierro y de bambú y a todos los límites del orbe, en espíritu y en verdad, para buscar a los pródigos o a sus hijos encarcelados, perseguidos o silenciados. Se hizo escuchar en Atenas y Alejandría, en Turquía y los Balcanes, en el Kremlin y en las islas remotas del Asia y a través de toda América.

Desde el Africa un episcopado valiente y unido, conducido por el cardenal negro, le escuchó como enemigo del colonialismo y amigo de las culturas autóctonas que no fueran opuestas a la humana dignidad. Ello ha contribuido poderosamente a que ninguna de las nuevas naciones del continente negro haya ingresado tras las líneas del Soviet ni se haya separado del pontificado de Roma.

Lloraron las campanas, se enlutecieron los periódicos, se arrodillaron todos los que creen en Dios. Las emisoras le contaron al mundo conmovido, disminuído y huérfano, que aquel sencillo agricultor, hijo de Sotto il Monte había sembrado para la eternidad en tierra fértil, un estilo nuevo para el mundo en tinieblas. En las cárceles y orfanatos, en los mares y en los hospitales, se ofrecieron sacrificios callados y heroicos por quien visitó, siendo el Papa, a los presos, amó a los niños, compadeció a los tristes y enfermos y habló el lenguaje del Evangelio con sencillez y mansedumbre.

Una oleada de tristeza y de quietud recogida paralizó por unos momentos el vertiginoso movimiento de las ciudades populosas, recorrió los aires y las colinas, los valles y labrantíos, las fábricas y los palacios gubernamentales, porque él fue la luz que iluminó a todos los hombres de este siglo con la doctrina del Verbo.

Los trabajadores le tuvieron como intérprete y defensor denodado; las mujeres escucharon su voz tutelando su dignidad y sus derechos; los agricultores especialmente vieron en él al reivindicador de sus fueros, menospreciados y subestimados tantas veces; vieron los gobernantes y magistrados en sus encíclicas la más clara, completa y armoniosa exposición de los problemas actuales de las naciones, unida a so-

luciones que arrancan de la revelación, se iluminan con la tradición de los Pontífices, se esclarecen con la sabiduría de los padres y doctores y suscita toda una gama de recursos realistas para los tres órganos del poder en nombre de la justicia que garantiza la libertad, libertad que yendo unida a la caridad, tutela los derechos de la persona humana, de los atributos indispensables para las sociedades intermedias como la familia y las entidades cívicas, culturales y económicas, cada día más indispensables en el sostenimiento de la armonía social.

Fue caballero del Señor, juglar de sus designios, mensajero de paz, artífice de la dignidad de los pueblos nuevos, vigía permanente de la humana grandeza como criatura de Dios redimida en el Calvario.

Su amor al Sacramento del Altar, amor enardecido y filial, le dio aquel sentido práctico de relaciones humanas como el mismo lo manifestó diciendo: "la Eucaristía es la fuente inagotable de las buenas relaciones entre los hombres porque la Eucaristía es comunión". Ha enriquecido al mundo haciéndolo mejor, más comprensivo, menos enemigo; a los pueblos acercándolos entre sí; a los hermanos separados abrazándolos; a las directivas de las naciones humanizándolas; a los jóvenes confiando en su vigorosa edad promisoria bajo las Jerarquías de la Iglesia; a los jefes industriales tutelando sus derechos y explicando vehementemente sus deberes.

La guerra nuclear se ha detenido quizás en su carrera armamentista, en su apocalíptica preparación, porque la ha fulminado con su Encíclica por la paz.

Qué teólogo, moralista, apologista o jerarca ha llegado más cerca al corazón de la humanidad en esta centuria? Quién no ha visto en el Papa a un padre y una madre a la Iglesia gobernada valientemente con osadía y ternura por él, fiel imagen del Buen Pastor?

América Latina le debe un santo mulato en los altares y otro glorificado en Norte América. Las púrpuras y cayados se multiplicaron en todos los hemisferios, creció el número de levitas consagrados, las diócesis nuevas renovaron el fervor de los cristianos, la liturgia se volvió más humana, comprensible y pastoral. Todo el clero se ha movido por nuevos caminos de conquista, reconquista o resurrección en la siembra del Señor y en la comprensión del mundo actual,

más espiritualista, más cercano y más cristiano que el siglo XIX.

Solamente en Pekín y la gran península asiática se guardó silencio sepulcral ante su tumba porque allá ruge la tempestad de la opresión. Por China pidámosle al alma bendita de Juan XXIII para que allá el hombre de las alturas deje de ser lobo con un pueblo de cultura milenaria y de bondadoso corazón.

Junto a León XIII, a quien siguió, citó, escuchó y completó, descansarán finalmente sus huesos santificados en la Iglesia Pontifical del Papa, Letrán, cabeza y madre de todas las iglesias de la urbe y del orbe y seguirán los siglos futuros acercándose a su tumba para escuchar su lenguaje, sus mensajes, sus sagradas enseñanzas.

Pacem in Terris, Alma bendita de Juan XXIII: dona nobis pacem.